

ALCANTARA



EXCMO. AYUNTAMIENTO
ALCALÁ DE HENARES

CASA DE LA ENTREVISTA
C/. SAN JUAN, S/N.º
ALCALÁ DE HENARES



FUNDACIÓN COLEGIO DEL REY
ORGANISMO AUTÓNOMO DE CULTURA
DEL AYUNTAMIENTO DE ALCALÁ DE HENARES



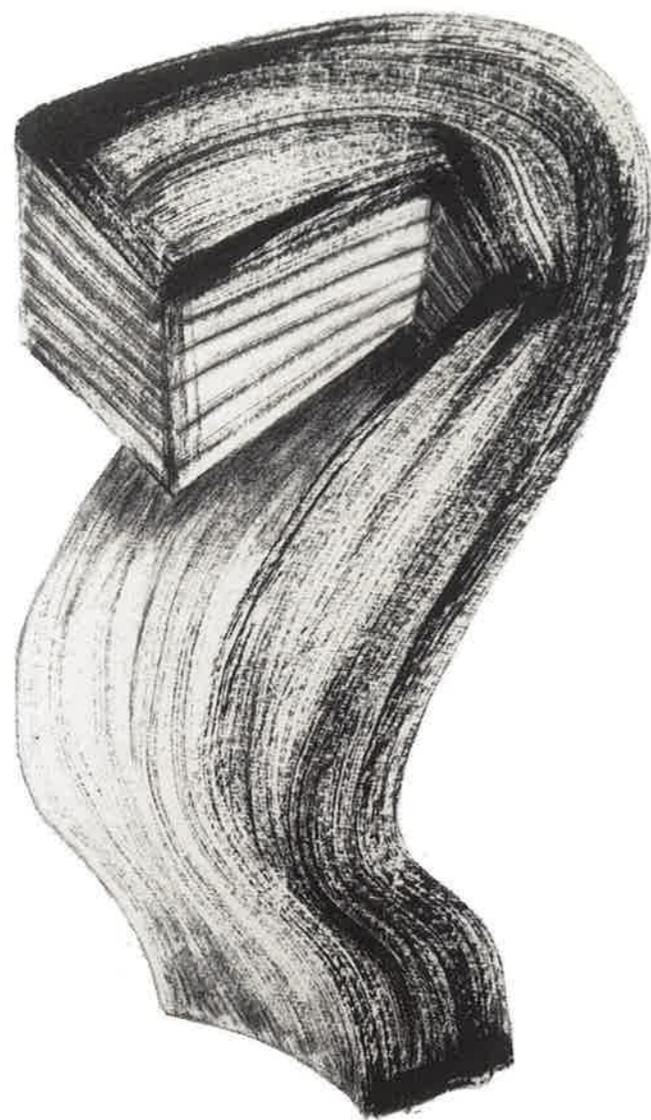
ALCANTARA



EXCMO. AYUNTAMIENTO
ALCALÁ DE HENARES

CASA DE LA ENTREVISTA
C./ San Juan, s/n. Alcalá de Henares

27 ENERO - 6 MARZO 1994
Horario: Diario de 12 a 14 y 17 a 20 h. (Lunes cerrado)



Dimensiones de la Escultura

Tomás Paredes

En el análisis de toda manifestación creadora, realizada al calor de lo sucedido en nuestro siglo, ya compulse una panorámica, ya una individualidad, se distinguen tres estadios, consecuentes e irregulares en el tiempo: el estado de la latencia, su transformación y la consolidación de su presencia o su rechazo.

El *estado de latencia* es aquel en el que, resuelto el período de iniciación, conocimientos adquiridos, reflexión introspectiva e iluminaciones, se van acoplando hasta converger en la *energía*, que propicia una *representación diferenciada*.

Desde que esas configuraciones forman un vértice de expresión y, ésta comienza a generarse, ampliarse, sucederse, sin efectos de repetición, el complejo limo de la latencia se convierte en *tendencia*, manifestación, idiolecto, estilo.

Una vez ese lenguaje, ya contrastado, ha establecido un código, un cosmos personal, que, con dinámica propia, se va implantando, extendiendo, aceptando, consagrando, se hace *presencia*, metamorfoseándose en símbolo de esa cultura que le dio origen.

Cuando hablo de creación, me estoy refiriendo a la que germina en el ámbito del fuego de una cultura, que a su vez se integra en ese mismo fuego, transformándose en distintivo congregador de la tradición de esa memoria colectiva.

La génesis, desarrollo y culminación del ciclo apuntado es lo que distingue a los que reconocemos como grandes maestros de cualquiera de las vías de expresión, de las que se sirve, *para ser*, pero, si *su tempo* se altera o interrumpe, se aniquila su dimensión trascendente.

Por distintos componentes de estructura existencial, por edad, Alcántara, Torredelcampo 1960, se encuentra en un definido y fecundo estado de latencia.

¿Cuáles son los integrantes de esa estructura vital y de su sombra? Su iniciación ritual, con un maestro; la aproximación, paulatina, al claror del fenómeno de la cultura; el *fervor por la piedra* y la *talla directa*, la construcción a través de planos con una sintaxis formal poscubista; su decidida ambición expresiva y conceptual, dependiente de una dialéctica vanguardista; el aislamiento, y un determinante compromiso con la autocrítica, la formación continuada y la resistencia.

Autocrítica, como certeza de referencia, exigencia, decisión, fidelidad, hondura, voluntad imperiosa de meter los dedos en la noche, domeñando las tinieblas, hasta tocar el amanecer. *Formación*, como herramienta para acceder a la tradición, como ventana por la que observar/incorporar la dimensión del tiempo. *Resistencia*, como soledad, norma de conducta para llegar al centro.

Pero, distingamos acerca de la talla en vivo. El *tallador directo*, Alcántara, realiza cientos de dibujos —a brocha, carboncillo, tinta china, aguada, óleo, ceras, grafito—, hasta encontrar una forma y su aire, en un espacio mental; luego, aperos en mano, sin otro horizonte que buscar, que despojar la materia hasta la capa precisa, mimetizando la realidad y su deseo, se lanza a debastar el bloque, suprimiendo la piedra que impedía la escultura; aún, se empeña en el tatuaje de la piel de sus piezas, estableciendo texturas y sonidos, para que la piedra suene, al tacto, con la musicalidad y el silencio lírico, que ha ido acumulando en su existencia.

Procedimiento distante a la pericia artesanal del sacador de puntos, que, también, talla, pero limitándose a obedecer, respetar, reproducir, servir un modelo dado.

Los *definitorio* de esta propuesta es, la decidida andadura hacia sí mismo, la asimilación de la luz y su comunicación, la amplitud del campo visual, *la consciencia*; conjugar, con primordialidad y elegancia, los múltiples elementos de su estado de latencia, potenciando dimensiones que se aglutinan en una voz, que le identifica.

Lo no definitorio, aquí y ahora, es lo demás, lo habitual recurrente: la pretensión injustificada, el oficio sin nada que transmitir, la copia grosera, el brillo oportunista y coyuntural, la preponderancia de lo anecdótico, la insolente esterilidad de los desorientados.

Emil M. Cioran, en unos textos amargos y duros, *La chute dans le temps*, Gallimard, París 1964, en la órbita de este pensamiento, apuntaba: «Cuando en un enfrentamiento con nuestra soledad más sola, descubrimos que no hay realidad sino en lo más profundo de nosotros y que todo lo demás es añoranza, cambiamos de perspectiva sobre las cosas».

Cuanto antecede es, *teoría* (θεωρεω = contemplar), contemplación de la trayectoria del escultor y de esta selección de obras, que ahora, vemos, dispuestas en sentido cronológico, a fin de facilitar la comprensión del *proceso horizontal* a que, en parte, se deben. Teoría, búsqueda intelectual, ni excomunión de nadie, ni salvoconducto gratuito, que eso sería poner el carro delante de los caballos.

Se muestra, con este conjunto de obras, la dirección del trabajo de Alcántara, en el último lustro. Desde la *ascensionalidad* de los primeros *ornitomorfos*, en *calatorao*, al equilibrio de contrarios de un *símbolo solar*, y a la serie *antropos*, incidiendo en la cabeza del hombre, para llegar a los *pájaros* más aerodinámicos, que han conducido a ese exquisito adagio de las *mujeres-pájaro*, esa distinción, en *colmenar* o *sierraelvira*, con la que el espíritu se congracia. Terminando con la frialdad distante de las *televisiones* y sus efectos simbolizados, mas otras cabezas, entre las que destaca esa *Reina de África*, prodigio de sincretismo religioso y de mestizaje cultural.

Expresionismo de planos limpios, barroquismo de cortes planos o de ondulaciones sensuales, conceptualización de formas; construcción de volúmenes sin pesantez, dando a la materia un latido humano, lejos de reducciones fenomenológicas y de ideologías simuladoras.

Una apuesta por la escultura, importando lo que es, distante de sus parientes pobres: toda esa rémora de aglomeraciones objetuales, de pseudoinstalaciones de latas y trozos de moqueta, de apilamiento de cristales o aglomerados, de osadas ocurrencias, que no van más allá de certificar el grado de permisividad al que hemos llegado o su condición de producto industrial barato, listo para comercializar.

Hoy, como tantas otras *realizaciones* del hombre, la escultura no está en el lugar que le corresponde, desentendiéndose de la tradición y de la utopía, se ha reducido a un galimatías, confeccionado, casi siempre, por otro, material o conceptualmente, exhibiendo un deterioro, que contagia su percepción.

Alcántara, por el contrario, dibuja y dibuja, anticipa la corporeidad de su vivencia, estudia, investiga, labra, desecha, intuye, retoma, razona, talla, incansable, calladamente, rehabilitando la *función del escultor/hombre solitario*, del buscador de sueños y desasosiegos, que la piedra, desde el origen, atesora.

Su proyecto es un retorno al orden, sin nostalgia alguna, una ritualización mitante de las pasiones del viejo provocador de pájaros, que así pretendía conquistar el aire. Animales fantásticos y antropocentrismo, mediación y metamorfosis, fragmentaciones cósmicas y restauración de ancestrales parentescos vivenciales, conformando una *dimensión mítica*, que interrelaciona modos y tiempos, hallazgos y sentimientos, poniendo de manifiesto un feraz *marginalismo*, que alcanzará indudable protagonismo en el período de entresiglos.

El arte es un compromiso con la trascendencia, con la eternidad, desde su tiempo; el resto —la gloria, el negocio y el pacto de adulación— es otra historia, precaria y azarosa, demagoga y suplantadora. Hay un grupo de artistas, entre los que se encuentra Alcántara, que desde sus opciones, en solitario, y una *manifiesta radicalidad*, al margen de los caprichos efímeros, están poniendo las bases de un orden futuro, que todo caos alimenta.

Andrés Alcántara, jienense de nacimiento, sin antecedentes artísticos familiares, ha seguido un sendero concéntrico, también, de ubicación: primero, Jaen; luego, Granada; después, Madrid, viviendo y trabajando, en la actualidad en Alcalá de Henares. Que este hermoso escenario, complutense y cisneriano, acoja como suya, la creatividad de sus residentes, que la difunda y permita la evaluación de sus conciudadanos, en una determinación importante, si pretendemos que el arte transforme algo, informe a alguien y sea visto, pues ese *ver* se construye en un largo aprendizaje en el que se va haciendo, madurando, la mirada.

«El día en que una estatua está terminada, su vida, en cierto sentido, empieza», escribe Marguerite Yourcenar, en un texto tan breve como lúcido, *El tiempo, gran escultor*. Aquí nace la vida de muchas estatuas, una vida escalofriantemente larga con relación a la nuestra, *ars longa vita brevis* porque *la escultura*, aquello que hace el hombre que no pueda ser definido más que como escultura, cuando fluye de un lecho originario, con *dimensiones* que superan su geognosia, se incardina en la cultura de una sociedad, se torna conciencia colectiva, metáfora iluminada, aforismo hierofánico, en definitiva, huella testimonial del hombre, vestigio de un estilo de vida, naturaleza radiante.